
La herencia cristiana y religiosa del Padre Arrupe

*Cecil McGarry, S.J.**

Escribir sobre el Padre Arrupe es para mí un acto de amor. Decir algo acerca de la herencia cristiana y religiosa que él nos legó supone evocar los años durante los que tuve el privilegio de vivir cerca de él y en los que pude compartir gran parte de su vida y de su “visión”.

Fueron años en los que las palabras del padre del hijo pródigo me venía a menudo a la mente: “Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo” (Lc. 15,31). Lo que rememore aquí será esencialmente personal y necesariamente limitado, y habrá otras opiniones distintas a la hora de determinar dónde radica el verdadero núcleo de la herencia de Arrupe. Yo he escogido unos cuantos elementos de entre los muchos posibles y, si escribo sobre ellos con amor, no es para iluminar la figura de alguien a quien hemos amado -lo cual sería inútil tratándose de alguien que ha quedado arrebatado para siempre por el esplendor de la contemplación de Dios-, sino para mantener viva en nuestros corazones la gracia que él supuso para todos nosotros durante los años de su generalato.

Una fe encarnada

En la homilía que pronunció en la iglesia romana del “Gesù” con ocasión de sus cincuenta años de jesuita, el Padre Arrupe habló de tres figuras que simbolizaban y expresaban su estado anímico: Abrahán, San Pablo y San Francisco Javier. Para él, Abrahán simbolizaba una fe viva y encarnada en la dinámica de la historia, de la que Dios es el amo y señor. Aunque parecía que su esperanza no podría ser colmada, Abrahán esperó y creyó. Y Pedro

* Asistente General del P. Arrupe. Profesor de Teología Sistemática en Hekima College Jesuit School of Theology. Nairobi (Kenia).

Arrupe esperó y creyó con la misma intensidad. El núcleo más íntimo de su ser cristiano lo constituía su profunda creencia en el hecho de que, en Jesucristo, Dios había irrumpido definitivamente en nuestra historia, en la cual seguía estando presente y activo gracias al poder y la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia y en los corazones de todos los seres humanos. El Concilio Vaticano II no era para él más que esa irrupción y presencia de Dios en la historia del mundo en el siglo XX. El creía y esperaba de un modo absolutamente inquebrantable: Muchas veces me he preguntado: ‘¿A dónde va la Compañía de Jesús?’. Y mi respuesta siempre ha sido: adonde Dios la conduce. En otras palabras: no lo sé; pero de algo sí estoy seguro, y es de que Dios nos lleva a alguna parte. Avancemos confiadamente, avancemos en unión con la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo. Yo sé que Dios nos conduce a una tierra nueva, a la tierra prometida, a su tierra, que sólo El sabe dónde se encuentra; nuestra tarea no consiste más que en seguirle” (Homilía, Iglesia del Gesù, Roma, 15 de enero de 1977).

Al igual que Juan XXIII, Pedro Arrupe estaba firmemente convencido de que el mundo camina hacia una nueva era. Esto había quedado trágica e hirientemente grabado en su conciencia con ocasión de la explosión nuclear de Hiroshima, de la que él fue testigo presencial. Y su fe estaba intrínsecamente unida a la vida en esa nueva era. Podía entender a los que añoraban el pasado y vivían como si aún se hallaran en él. Podía incluso comprender a los “profetas de calamidades”, pero nunca pudo compartir sus actitudes, sus miedos y su atrincheramiento frente al presente y al futuro. Para Arrupe, la fe no era algo exclusivamente intelectual o abstracto: o se vivía en la situación de hoy o no se vivía en absoluto. A esta nueva era debía serle anunciada, pues, la Palabra de Dios; en esta nueva era debía hacerse presente el Reino de Dios.

Luchó agotadoramente por cumplir la misión encomendada por Pablo VI a la Compañía, en 1965, de trabajar por la renovación de la fe en un mundo cada vez más secularizado y de sumarse al combate contra el ateísmo. Un ateísmo en el que él incluía el fenómeno, tal vez más pernicioso, de la irrelevancia de la fe para muchos en el mundo moderno occidental. Quizá su más profunda intuición acerca de la modernidad era que la renovación de la fe y la lucha contra el ateísmo no habrían de tener lugar tanto en el ámbito de las ideas teológicas y del debate intelectual cuanto en el terreno de la praxis de una Iglesia, coherentemente consciente de las implicaciones de su fe; es decir, en el terreno de la vida y del testimonio. Si en otros tiempos el símbolo de la lucha en favor de la fe pudo ser un Atanasio aferrado a su verdad contra el mundo, y sufriendo por ello el verse repetidamente expulsado de su diócesis, Pedro Arrupe sabía que el símbolo actual de la lucha en favor de la fe era un Oscar Romero, abatido a tiros junto al altar por concretar esa fe en su denuncia de la injusticia y en su lucha en defensa de los derechos humanos más elementales para su pueblo. Arrupe estaba convencido de que el mundo volvería a creer cuando la Iglesia diera testimonio de su fe en Jesucristo comprometiéndose en la defensa de la imagen de Dios que hay en todo ser humano y en la construcción de una “civilización del amor”, por emplear las palabras de Pablo VI, tan frecuentemente repetidas por Juan Pablo II.

Renovación del carisma jesuítico

Fue aquí donde la visión cristiana de Pedro Arrupe se encontró con su identidad de jesuita. El sabía que, si Ignacio de Loyola, en tiempos de la Reforma, escribió que el fin y el objeto de la Compañía de Jesús era la defensa y la propagación de la fe, lo correcto en nuestros días era concretar ese mismo fin y ese mismo objeto en el servicio a la fe y la promoción de la justicia. Del mismo modo que Ignacio envió a sus hombres al Concilio de Trento y a los países del norte de Europa para combatir las nuevas ideas de aquella época, Arrupe sabía que estaba sirviendo al mismo propósito al enviar hoy a sus hombres a vivir entre los pobres y a aprender de éstos la manera en que tenían que ser servidos para promover la justicia, los derechos humanos fundamentales y la dignidad del hombre. Esta intuición se explicitó ya en los comienzos mismos de su generalato, concretándose, ante todo, en relación a la renovación de apostolados específicos, como la educación, o al modo en que los jesuitas vivían la pobreza. Con respecto a esto último, Arrupe no dudó en hablar de una profunda herida (*vulnus profundum*) en la Compañía. Y se sintió profundamente feliz cuando la Congregación General XXXII hizo suyas estas preocupaciones

El núcleo de la herencia cristiana y religiosa del Padre Arrupe lo constituyen su sensibilidad hacia el mundo moderno y su capacidad para intuir cómo debían la Iglesia y la Compañía renovar sus viejas tradiciones y hacer de ellas algo vivo y vivificador en esta nueva era... y descubrir también otras nuevas. Del mismo modo que la Iglesia en general y las congregaciones religiosas en particular se han ocupado siempre de los pobres y los desposeídos, hoy deberían ocuparse de los millones de refugiados, esforzándose por transformar las injustas estructuras que privan de hogar y de esperanza a tantos seres humanos; los medios de comunicación deberían ser usados hoy en las mismas tareas desempeñadas antaño por los predicadores y los misioneros. Los “curas-obreros”, por otra parte, gozaron de la plena comprensión y el apoyo incondicional del Padre Arrupe. Y en cuanto a la larga tradición del apostolado intelectual de la Compañía de Jesús, pensaba Arrupe que debería abrirse hoy a los estudios interdisciplinarios y a los proyectos en colaboración. E insistía también en que la obediencia jesuítica, sin detrimento de su carácter verdaderamente central ni de su exigencia, debería adoptar hoy la forma de un discernimiento en el que se implicara el mayor número de personas posible y abrirse a los signos de los tiempos. Con una certera comprensión de las necesidades de la formación de los jesuitas en una nueva era, procedió a trasladar las casas de formación, desde su emplazamiento en tranquilos y remotos lugares, al contacto real con la vida diaria de la gente y con los recintos universitarios. Al igual que la propia Iglesia, dejó de entender la misión en su dimensión exclusivamente geográfica y pasó a concebirla como un proceso de penetración y aprendizaje de las diversas culturas de las naciones, con especial atención a la cultura representada por la expresión “mundo moderno”, o “modernidad”. El profundo humanismo cristiano, tan central en el carisma y la visión ignacianos, se había convertido para Pedro Arrupe en una especie de “sexto sentido”, y subyace a todas sus palabras y acciones durante los dieciocho años en que estuvo al frente de la Compañía de Jesús, una época que coincide con los apasionantes y turbulentos años del “post-concilio”. En esto consiste una gran parte del

legado de Arrupe a su Orden y a la Iglesia. Y la serie de campos a los que aplica esta su visión se puede apreciar fijándose en el índice de materias de cualquiera de las recopilaciones de sus escritos que, en diversos idiomas, han aparecido en los últimos años.

Cuando, el 22 de mayo de 1965, los miembros de la Congregación General XXXI eligieron a Pedro Arrupe como Superior General, sin duda optaron conscientemente -atentos a la voz del Vaticano II, que por entonces no había concluido aún sus sesiones- por comprometer a la Compañía de Jesús al servicio del mundo moderno. Pudieron haber elegido a un "timonel" que mantuviera a la Orden en el rumbo que hasta entonces había seguido invariablemente, ajustando unos pocos grados el timón, aquí y allá, para sortear buenamente las tormentas que empezaban a levantarse. Sin embargo, eligieron a este hombre de insignificante aspecto que les iba a conducir de frente, consciente y arriesgadamente, al centro mismo de tales tormentas. Fue una elección cuyas consecuencias iban a manifestarse sin demora. Desde luego, no fue la elección que habrían hecho todos los jesuitas en unos momentos en que la Compañía había alcanzado la mayor expansión numérica y geográfica que había conocido en más de 400 años de historia (unos treinta y seis mil hombres que ejercían su ministerio en más de cien países). Durante los prolongados y relevantes generalatos de Wladimiro Ledochowsky (1915-1942) y Juan Bautista Janssens (1946-1962), la Compañía había crecido acostumbraada a un liderazgo firme y uniforme, con unas tradiciones muy consolidadas y con una gran sensibilidad hacia el liderazgo de una Iglesia que también mantenía, por su parte, un rumbo sumamente uniforme. Es cierto que la Orden también había tenido sus profetas durante aquellos años, pero sus actividades había estado enérgicamente controladas por ambos liderazgos: el de la Iglesia y el de la Compañía.

De pronto, con la elección de Arrupe, la Compañía se encontró no sólo con que tenía sus correspondientes profetas de la nueva era, sino que además estaba dirigida por una figura profética y carismática, sensible -al igual que sus predecesores- al liderazgo de la Iglesia, pero de una Iglesia en la que, a raíz del Vaticano II, ya no se oía tan claramente una sola voz. Para muchos jesuitas, esto supuso una verdadera alegría, pues lo veían como un signo de gracia para la Orden en aquel momento. Para otros, en cambio, era algo tan inoportuno y molesto como un terremoto en plena noche, porque no estaban preparados para los cambios que iban a producirse en la Iglesia y en la Orden. El carisma de Ignacio de Loyola había quedado bastante "domesticado", debido a una forma tradicional de entender y practicar los Ejercicios Espirituales que apenas tenía que ver con el poderoso instrumento de conversión y santificación que Ignacio nos había legado. Y las Constituciones eran prácticamente ajenas a la vida diaria de la mayoría, porque en su mayor parte sólo estaban disponibles en latín. Con Arrupe, la Orden tuvo al timón a un hombre que vivía el carisma ignaciano original en cada una de las fibras de su ser y que empezó por proclamar lo que dicho carisma significaba y exigía de la Orden en aquella época de renovación. Consiguientemente, invitó a sus hermanos a convertirse de corazón, lo cual nunca ha sido un mensaje que goce de aceptación popular, ni siquiera entre religiosos.

Arrupe estaba convencido de que sólo una conversión del corazón y de la mente permitiría

a la Orden volver a vivir el profundo sentido de misión y de total disponibilidad a Cristo en la Iglesia que Ignacio había introducido en el corazón mismo de las Constituciones. Sus sueños de recobrar una parte de la primigenia movilidad de la Orden suponían un peso excesivo para muchos que habían consagrado su vida, con gran fidelidad y generosidad, a cualquiera de las instituciones de la Compañía sin distinguir en absoluto entre las obras de la Orden y su misión. Cuando, hablando del “éxito” y el “prestigio” de determinados ministerios jesuítos, hizo alusión a las “redes y cadenas” de que hablaba Ignacio en la meditación de las “Dos Banderas” de los Ejercicios Espirituales, unos no lo entendieron y otros se sintieron heridos y ofendidos. ¿Acaso no comprendía Arrupe el grado de compromiso de aquellos jesuitas? Por supuesto que sí, pero también comprendía -cosa que no todos lograban- que estábamos entrando (¿o habíamos entrado ya?) en una nueva era. Cuando ideó la creación de equipos volantes de jesuitas capaces de responder a grandes desastres o a necesidades urgentes en las más diversas partes del mundo, muchos no pudieron reconocer en ello el espíritu de las Constituciones. Pero otros muchos sí lo hicieron, como lo demuestra el número de jesuitas que en los últimos años han pasado períodos más o menos prolongados de tiempo sirviendo en campos de refugiados y desplazados en diversos países del mundo.

La Cruz, en el centro de la misión

Pedro Arrupe supo recobrar para nosotros las Constituciones gobernando de acuerdo con ellas. Y fueron muchos los que reconocieron la presencia del Espíritu cuando, como consecuencia de ello, los jóvenes comenzaron a tener visiones, y los ancianos sueños (cf. Hch. 2,17). Bajo su mandato, muchos comenzaron a descubrir de nuevo (o por primera vez) la hondura y la riqueza de su propia espiritualidad y de su vocación. Y ello le hizo ganarse rápidamente el respeto, la lealtad y el amor de sus hermanos. Probablemente puede afirmarse que, después de Ignacio, ningún General de la Compañía ha sido tan conocido y amado por sus súbditos.

En cambio, para otros (jesuitas y no jesuitas) fue signo de contradicción. Recuerdo que, cuando le visité en Roma a comienzos de los años setenta, me mostró un enorme archivo atestado de artículos y cartas que le había enviando desde todas las partes del mundo para criticar su gobierno, y me dijo sonriendo: “Dicen que un vasco fundó la Compañía y que otro vasco está destruyéndola”. Obviamente, él se tomaba muy en serio aquellas críticas, y yo tuve la impresión de estar ante un hombre que creía firmemente estar siguiendo la inspiración del Espíritu Santo, concretada en los decretos del Vaticano II y de la Congregación General XXXI (en la que había sido elegido), pero que, sin embargo, no podía evitar dudar y desconfiar de sí mismo ante aquellas severas críticas, algunas de ellas procedentes de la más altas esferas de la Iglesia. Por supuesto que en aquellos años se cometieron fallas y abusos en la Orden, y para Arrupe suponía un enorme dolor tener que discernir sus causas: ¿se debían a su forma de gobierno o había otras razones? Tanto él como sus consejeros se hicieron muchas veces esta pregunta. Y con la distancia que da el tiempo, probablemente

podemos afirmar de la Compañía de Jesús y de su gobierno en aquellos años lo mismo que del Vaticano II dijo el Sínodo extraordinario de 1985: “No puede afirmarse que todo lo acontecido después del Concilio haya sido originado por el propio Concilio”.

En aquellos años -y dado que era obviamente imposible achacar mala voluntad o estupidez al Padre Arrupe-, su profunda fe cristiana, su esperanza y su amor fueron a menudo interpretados como un excesivo optimismo con respecto al mundo y a la Compañía de Jesús. Recuerdo que en una ocasión, mientras visitaba una de las Provincias de la Compañía, formuló una entusiasta visión acerca de los desafíos y las posibilidades apostólicas que se le ofrecían a la Orden en la situación del momento de aquel país; y recuerdo que, después de la homilía, alguien pidió, con sencillez y amor, que Dios siguiera conservándole el optimismo al Padre Arrupe...¡pero que no se lo aumentara! Había, pues, quienes pensaban que era demasiado confiado, demasiado optimista con respecto a la naturaleza humana y a sus hermanos jesuitas. Y había quienes pensaban que era un ingenuo. Ciertamente, él siempre sabía ver lo mejor de las personas y de las situaciones. Se fijaba más en las posibilidades que en las deficiencias y creía profundamente en el poder de la gracia para vencer el mal, el pecado y la debilidad. Estaba convencido de que era infinitamente mejor desafiar a las persona a hacer el bien que insistir en su debilidad; de que confiar en los demás equivalía a evocar su fiabilidad. Algunas veces su confianza no se veía correspondida, pero otras veces sí. Si esto es ingenuidad, entonces Pedro Arrupe era una ingenuo.

Como General, siempre pensó que tenía que estar al servicio de la Compañía y de la Iglesia, ante las cuales tenía una enorme responsabilidad, y solía recordar a menudo las palabras de Ignacio: “todo impedimento”. Ante las dudas que suscitaban su gobierno y el rumbo que estaba tomando la Compañía, convocó una Congregación General que se inició a finales de 1974, casi diez años después de su elección como General. Deseaba que aquella Congregación evaluara los decretos de la anterior y la dirección que la Compañía había seguido, bajo su mandato, a la hora de poner en práctica dichos decretos. Si había errores, quería que fueran corregidos; si él se había mostrado negligente, quería que se lo dijeran; si era preciso cambiar de rumbo, quería que la Compañía le mostrara el camino por el que deseaba ser conducida. Mientras la Congregación estaba reunida, ella era el órgano supremo de gobierno de la Orden, y él no era sino el servidor que después habría de ejecutar sus decisiones. Para Arrupe fue un momento en el que se sintió especialmente guiado por el Espíritu Santo a través de las conclusiones a las que, en un clima de oración, llegaban sus hermanos. Como es bien sabido, la Congregación ratificó los anteriores decretos, expresando al mismo tiempo su deseo de que fueran cumplidos por todos y respaldando implícitamente las líneas del gobierno del General; y además orientó todas las formas de apostolado de la Compañía al servicio de la fe y la promoción de la justicia. A partir de entonces, con la seguridad de que no estaba siguiendo únicamente sus propias ideas, el Padre Arrupe inició un período de gobierno extraordinariamente productivo, en el que reformuló el carisma ignaciano, prácticamente en todos los aspectos de la vida y el ministerio de la Compañía, en términos del mundo de hoy.. Tres escritos en particular se referían directamente al carisma jesuítico: “Nuestro modo de proceder” (enero de 1979), “La inspiración trinitaria

del carisma ignaciano” (abril de 1980) y “Arraigados y cimentados en la caridad” (febrero de 1981). A este último, como si hubiera tenido una premonición de lo que iba a suceder, solía llamarlo su “canto del cisne”. Y aunque estos tres documentos versan directa y explícitamente sobre el carisma ignaciano, lo cierto es que todos sus escritos y discursos hacen alusión al mismo tema, y muchos de ellos contienen valiosísimas intuiciones aplicadas a las situaciones concretas.

La Congregación General XXXII, aunque indicaba el camino que debía seguir el Padre Arrupe, no consiguió, sin embargo, poner fin a las dudas y críticas sobre su gobierno, procedentes tanto de dentro como de fuera de la Compañía. Todo su generalato estuvo marcado por el sufrimiento originado por su fidelidad a dicha visión, frente a las críticas, muchas veces enormemente severas y duras. Y su sufrimiento fue especialmente intenso durante la Congregación General XXXII, cuando Pablo VI, a quien él admiraba y amaba profundamente, no sólo se opuso a que se efectuara un cambio de las Constituciones que la Congregación estaba considerando (pero que aún no había sido decidido), sino que además se preguntaba: “¿Podrá la Iglesia poner su confianza, como siempre hizo, también ahora en vosotros?... ¿Cómo podrá esta misma jerarquía confiar a la Compañía, sin experimentar temor alguno, la realización de tareas tan importantes y de tal naturaleza?” (Carta autógrafa de Pablo VI al P. Arrupe, 15 de febrero de 1975). Es cierto que, al final de la Congregación, Pablo VI, recordando su enérgica intervención durante la misma, expresó su satisfacción por la obediencia con que había sido recibida. Pero un cierto desasosiego y una cierta desconfianza perdurarían hasta el final mismo del gobierno del Padre Arrupe, desembocando en la conocidísima intervención de Juan Pablo II, que el 5 de octubre de 1981 nombró un delegado personal para el gobierno de la Orden. Los historiadores tendrán que evaluar en el futuro estos problemas, pero es perfectamente razonable preguntarse si Arrupe pudo haber manejado mejor esta situación y haber evitado incomprendiones y conflictos. Que sea la historia la que lo juzgue. Lo que es indudable es que, aunque Arrupe careció del sentido político y la habilidad de Ignacio de Loyola, ni siquiera el propio Ignacio pudo evitar tener conflictos con las autoridades eclesiales y problemas dentro de la Orden. No obstante, podría decirse que Ignacio trató esos conflictos y problemas con mano más firme y que tuvo más facilidad que Pedro Arrupe para distinguir cuándo debía insistir en algo para el bien de la Orden, haciendo caso omiso de su personal repugnancia a imponer decisiones.

Si hago referencia a estos incidentes, no es por el simple gusto de recordarlos, y mucho menos con intención recriminatoria de ningún tipo, sino porque están tan íntimamente relacionados con un aspecto de la herencia de Pedro Arrupe que no podría ser comprendido sin dicha referencia. Me refiero a su convicción acerca del carácter central de la Cruz en la economía de la salvación y en la misión de la Iglesia. Arrupe tenía perfectamente asumido que, si tenía que servir al Reino, debía pagar un precio por ello. Sabía que la fidelidad a su idea de hacia dónde debía llevar a los jesuitas, en obediencia a la Iglesia y a la Compañía, había de acarrearle críticas, oposiciones e incomprendiones. El vivía tan profundamente como Ignacio la mística del papado y, al igual que éste, concebía el “cuarto voto” especial

de obediencia al papa como el principal fundamento de la Compañía. Por eso, el descubrirse a sí mismo en una relación incómoda y hasta conflictiva con el papa y con algunos miembros de la jerarquía significó para él un sufrimiento que afectó a todo su ser. La opinión de no pocos de sus hermanos jesuitas, que pensaban que estaba llevando por mal camino a la Compañía, le causaba un enorme dolor, porque él los amaba y respetaba profundamente y concebía su cargo como una vocación especial a ser amigo de todos ellos, a servirles de consuelo, de apoyo y de estímulo... y, sin embargo, no le era posible mantener con ellos esta relación.

Los que asistieron a la Congregación General XXXII, jamás olvidarán, seguramente, las palabras que, después de la intervención de Pablo VI, dirigió Arrupe a la asamblea para expresar inequívocamente, en nombre propio y de toda la Compañía, la más absoluta obediencia y fidelidad al sucesor de Pedro en todo tiempo y en toda circunstancia, y particularmente en aquella ocasión concreta. Dio por supuesta -y se le aseguró explícitamente- la total obediencia de los miembros de la Congregación; una obediencia que para muchos era obediencia "ciega", porque la validez de las razones que se habían aducido para el cambio no había sido impugnada. Y los que estaban con él cuando le fue notificado el nombramiento de un delegado papal para el gobierno de la Compañía no podrán olvidar, por una parte, su dolor y, por otra, su absoluta aceptación de la decisión del papa. Estos fueron algunos de los momentos más dramáticos de Arrupe, que a lo largo de todo su generalato tuvo que soportar el sufrimiento ocasionado por la desconfianza y la crítica, muchas veces injustas, y que tuvo que vivir con la angustia de la duda de sí mismo, que asalta incluso a los más fuertes cuando su fortaleza va unida a una profunda humildad. Pero él luchó por conservar la fe mediante una "visión" que a muchos a los que él amaba y respetaba les parecía un puro espejismo,... y un espejismo sumamente peligroso. En todo ello encontró la respuesta de Dios a su petición de "ser puesto con el Hijo" en la humillación y en el sufrimiento; una petición que él hacía no sólo en los Ejercicios Espirituales, sino a diario. Y en ello vivió también a diario el ideal que muchos sólo aciertan a atisbar fugaz y esporádicamente y que Ignacio de Loyola expresa del siguiente modo: "...por imitar y parecer más actualmente a Cristo Nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre de riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo" (EE, 167). Pedro Arrupe experimentó personalmente todo esto. La centralidad de Cristo crucificado formaba parte de su experiencia de Jesús y del don del Espíritu.

Debido a su convicción acerca de la centralidad de la Cruz y a su propia experiencia de la calidad que ello confiere a la vida apostólica, el Padre Arrupe hablaba frecuentemente de la Cruz y de la necesidad de la abnegación y la mortificación en unos tiempos en los que tal cosa no resultaba precisamente popular. Sabía que algunos le considerarían desfasado y anticuado, pero su convencimiento no le permitía guardar silencio. Y sabía también que, para que nuestros ministerios fueran lo que debían ser, había que pagar un costo personal. Solía hablar del peligro que acechaba a la Compañía de refugiarse en lo que él llamaba "apostolados fáciles", frente al desafío de un mundo en constante cambio y la dificultad de

predicar la Palabra en un mundo secularizado. Para él resultaba obvio que los ministerios de la Compañía deberían ser arduos y exigentes; que deberíamos ser creativos y descubrir nuevos cauces y nuevas posibilidades. Y si así lo hiciéramos, la Cruz habría de hacer su aparición. No se trataba de una mística del sufrimiento por el sufrimiento; si la Compañía seguía a Cristo, la Cruz sería inevitable. Y esto es algo que jamás se cansó de repetir, en unos tiempos en los que muchos estaban encandilados con aquella espiritualidad abierta y positiva que formaba parte del don del Vaticano II a la Iglesia, pero que algunas veces eclipsaba el hecho de que todo cristiano está llamado a seguir a Cristo en el camino a Jerusalén. Pero Arrupe no hablaba jamás de su sufrimiento interior, pero quienes estaban cerca de él sabían cuán importante papel desempeñó dicho sufrimiento en su unión con Dios a lo largo de aquellos años. Y sabían también de dónde le venía el convencimiento con que solía hablar de la Cruz.

El servicio de la autoridad

Con su manera de ser General y con sus abundantes escritos, Pedro Arrupe ha ofrecido a la Compañía y a la Iglesia un ejemplo verdaderamente evangélico de cómo debería ejercerse la autoridad eclesial. En las Constituciones (n. 263), San Ignacio dice que la persona que tiene a su cargo a los novicios debería ser alguien “a quien todos los que están en probación amen, y a quien recurran en sus tentaciones, y se descubran confiadamente”. Tal vez fuera en sus años de maestro de novicios en Japón cuando el Padre Arrupe aprendió lo que es el poder del amor y la apertura en un superior. Él amaba a sus hombres, confiaba en ellos y estaba humildemente orgulloso de ellos, y la inmensa mayoría de ellos le correspondía con el mismo amor. Fue un superior que sabía escuchar, deseoso de aprender allí donde estuviera y de cualquiera con quien hablara. Sabía que su gobierno sólo sería espiritual y eficaz en la medida en que conociera a sus súbditos y sus circunstancias. Una vez que había conocido a un hombre y había hablado con él, ya no lo olvidaba. No es difícil, pues, imaginar la sorpresa y la alegría de cada uno de los doscientos treinta delegados que asistieron a la Congregación General XXXII cuando, unos pocos meses antes de la misma, recibieron una carta personal y autógrafa en la que le propio General les daba la bienvenida a la Congregación, les pedía que se prepararan a ella con mucha oración y reflexión y les indicaba la aportación concreta que cada uno podría ofrecer, aludiendo a sus dotes personales y a su experiencia apostólica. Pedro Arrupe consiguió con creces lo que parecía virtualmente imposible: el gobierno personal de una Orden con más de 30.000 miembros encuadrados en una asombrosa diversidad de ministerios y situaciones y a muchos de los cuales conocía personalmente. Yo mismo tuve, una y otra vez, la experiencia de encontrarme con jesuitas que nunca habían hablado con él y que, sin embargo, sintonizaban profundamente con él, le amaban y tenían la sensación de conocerlo personalmente a través de sus numerosas cartas y discursos. Y esto era especialmente palpable en el caso de los más jóvenes, que sentían que él conocía y hablaba directamente a su experiencia.

Arrupe supo desmitificar su cargo de General sin que por ello sufriera detrimento el

profundo respeto y la obediencia de sus súbditos, los cuales, aun amándole profundamente, no incurrieron jamás en el “culto a la personalidad”, que todos sabían que él habría aborrecido. Arrupe quiso estar entre ellos, y de hecho lo estuvo, “como quien sirve”. Si hubo algo, además de la generalizada revolución sociopsicológica de los años sesenta, que influyera en un cambio de las tradicionalmente formales relaciones existentes entre los jesuitas (recuérdese la mordaz descripción de Pascal), fue la sencillez, la calidad personal y el calor de las relaciones del General con cada uno de los jesuitas con los que se encontraba. El consiguió que volviéramos a ser una Compañía de “amigos en el Señor”. Y esto, como en todo lo demás, él predicó con el ejemplo. Si fue capaz de exigir mucho a los suyos, es porque éstos sabían que siempre era mucho menos de lo que él se exigía a sí mismo. Hizo que el ideal jesuítico nos resultara no sólo atractivo, sino perfectamente alcanzable mediante la sencillez y el entusiasmo con que él mismo lo vivía.

He dicho que esta herencia puede encontrarse en sus escritos, pero sería más acertado decir que su auténtica herencia hay que buscarla en los corazones y las mentes y en el renovado compromiso apostólico de los hombres a los que él guió. La Compañía que Arrupe ha dejado tras de sí es muy distinta de la que le eligió en 1965. Ha cambiado mucho (como también han cambiado, por otra parte, la Iglesia y el mundo), pero lo ha hecho para ser más verdaderamente ella misma, más fiel al carisma ignaciano. Pedro Arrupe condujo a sus hombres hacia ese cambio, a pesar de las resistencias y oposiciones de todo tipo, desafiándoles incesantemente a abrir sus ojos al mundo, rechazando toda idea de determinismo y toda sensación de impotencia frente a los poderes de este mundo, creyendo que el Espíritu del Señor es capaz de renovar la faz de la tierra y que Cristo ha vencido al mundo. Y estaba convencido de que, en la Iglesia y a través de ella, nosotros somos los instrumentos de Cristo (humildes, pero llenos de confianza) para llevar a cabo esa renovación de la faz de la tierra con el poder del Espíritu. Una y otra vez hacía volver a la contemplación del mundo que dio origen a la Compañía de Jesús en las personas de Ignacio y sus compañeros: una actitud que elimina cualquier dicotomía entre acción y oración. La oración del jesuita -insistía Arrupe- debe ser en gran medida una contemplación trinitaria del mundo en la que veamos “las personas en la haz de la tierra, en tanta diversidad;...unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra...y las tres personas divinas...cómo miran toda la haz y redondez de la tierra, y todas las gentes en tanta ceguedad...” (EE,106). Si conseguimos orar de este modo, seremos contemplativos en toda nuestra actividad, encontraremos a Dios en todas las cosas y seremos discípulos del Reino. Muchas veces oí a Pedro Arrupe manifestar su convencimiento de que, si los jesuitas no éramos hoy lo bastante creativos en nuestro apostolado, era porque no orábamos suficientemente ni contemplábamos suficientemente el mundo a través de los ojos de Dios, para después permitir ser enviados a transformarlo con el poder de Dios.

Este núcleo del carisma ignaciano era el fuego que ardía en el interior de Pedro Arrupe y le hacía ser más apostólicamente creativo a los setenta años que cuando era joven. El fuego que nunca le permitió decir “¡basta!”...hasta que su incansable actividad se vio repentina y trágicamente interrumpida por una trombosis, en el aeropuerto de Roma, una mañana de

agosto de 1981. Reducido a un absoluto desvalimiento, fue deteriorándose lentamente, hasta quedar consumido como un cirio agonizante. En estos últimos años, el corazón místico de este activo "líder" no ha dejado de pedir "ser puesto con el Hijo" en la postración y el sufrimiento. "Ahora me encuentro más que nunca en las manos de Dios, que es lo que siempre he querido, desde que era joven, y lo único que sigo queriendo. Pero con la diferencia de que ahora la iniciativa es enteramente de Dios. De hecho, es para mí una profunda experiencia espiritual el saberme y sentirme tan absolutamente en sus manos". Así se expresaba en el mensaje que tuvieron que leer por él después de que la Congregación General XXXIII aceptara su dimisión como General de la Compañía.

Su herencia está formada por piedras vivas, los hombres que ha dejado tras de sí, y por la nueva comprensión por parte de éstos de lo que significa ser jesuita en estos últimos años del siglo XX. El nos ha cambiado y nos ha inspirado para abrimos a una fe más profunda, a una oración encarnada, a una constante conversión del corazón, a un compromiso apostólico en continuo discernimiento de los signos de los tiempos. Un vasco fundó la Compañía y otro vasco la ha refundado en esta nueva era. Si la Compañía de Jesús sigue existiendo en el año 2050 para servir al mundo a través de la Iglesia, será porque nosotros y los que vengan detrás de nosotros habremos hecho viva, en nuestros corazones y en nuestra carne, la herencia que nos ha dejado este profético hombre de Dios. ¡Ojalá nos sea dada la gracia de reconocer el don de Dios!